

Las preguntas que nos dejó la URSS

François Furet

Traducción de Fabienne Bradu

Para entender el alcance y las consecuencias del desmoronamiento del mundo comunista, se puede, más aún, se debe volver sobre su carácter, que desmintió todas las previsiones. Occidente había imaginado muchos escenarios de victoria, pero ninguno se parecía, ni remotamente, al que se dio.

Este carácter puede percibirse en el ritmo, en las modalidades, en la sustancia misma de los acontecimientos que sucedieron ante nuestros ojos desde 1987-1989.

Empecemos por el ritmo. Todo sucedió muy rápidamente, mientras los expertos más optimistas (o pesimistas, según el punto de vista) esperaban efectos a mediano plazo, producidos por progresos económicos y la aparición de una sociedad civil, o bien por pasiones centrifugas, originadas en la rebelión de las naciones colonizadas en la periferia del vasto imperio. No hace tanto tiempo que pensadores bien intencionados, poco sospechosos de simpatía por la Unión Soviética, hablaban de una eventual convergencia entre los dos sistemas. No había habido ninguna salida del comunismo, a pesar de que varios pueblos sojuzgados de la Europa del este ya habían esbozado su voluntad de hacerlo (Alemania Democrática: 1953; Hungría y Polonia: 1956; Checoslovaquia: 1968; Polonia: 1980). Esto inducía a creer más en las virtudes de la evolución que en una revolución, como lo mostraba el ejemplo de la Hungría de Kadar. Pero no hubo evolución ni revolución: donde reinara en Europa, el régimen comunista se fue desmoronando sobre sí mismo, como si ya estuviera descompuesto por dentro, en menos de dos años, entre el otoño de 1989 y el verano de 1991.

Esto me conduce a las modalidades: en algunos meses, pues, la Unión Soviética pasó del estatuto de superpotencia a la situación del gran país enfermo de Europa. Este paso no es en sí mismo inédito o inverosímil, en la medida en que todas las potencias del mundo, incluyendo a los más formidables imperios, pueden llegar a desaparecer. Europa conserva el recuerdo del Imperio otomano que alimentó sus miedos en los siglos XVI y XVII, para luego convertirse en el objeto de su conmiseración y de su expansionismo en el siglo XIX. Pero el vasto mosaico de pueblos bajo la dominación turca atravesó una interminable enfermedad de descomposición que hizo aparecer su desmembramiento final, después de la primera guerra mundial, como un hecho casi natural luego de tanta espera. Aquí, todo lo contrario: la Unión Soviética pasó, casi de un día para otro, de la situación de gran potencia a la de un imperio en descomposición, y de ser un país padecido a ser un país compadecido. En esta extraordinaria pirueta del entendimiento, hay que subrayar la falla de la razón histórica occidental que, atrapada en las redes del marxismo hegeliano, nunca fue capaz de sospechar la amplitud de la mentira oficial en la Unión Soviética. También hay que tomar en cuenta otro elemento: la desagregación de la "patria

del socialismo" y de su imperio se realizó a puerta cerrada, sin que ningún gran acontecimiento externo viniera a revelar su amplitud. Al contrario, la única prueba de fuego que vino del exterior: la segunda guerra mundial, no hizo sino crear la doble ilusión de la potencia organizada y del carácter democrático de la Unión Soviética de Stalin.

En realidad, el fracaso del imperio soviético es un fenómeno interno que no fue provocado, ni alimentado, ni revelado, por una agresión exterior, una guerra perdida o una revolución vecina. Aclaremoslo: las tres cosas sucedieron pero no tuvieron un papel fundamental en la evolución del conjunto. Ni la "guerra de las estrellas" de Reagan, ni la guerra menos futurista de Afganistán, ni las revoluciones de Europa central y oriental estuvieron en el origen del desmoronamiento. Acaso lo aceleraron, cada una a su manera, pero la crisis fue anterior a ellas, como lo confesaron los mismos soviéticos, dirigentes y dirigidos por igual: era la crisis del sistema social instaurado por Lenin y Stalin. La caída del imperio tuvo un rasgo muy peculiar: fue proclamada y alentada por aquellos que eran los principales beneficiados del sistema: los jefes del Partido Comunista de la URSS. Esto se pudo observar en el famoso otoño de 1989 cuando Gorbachov tuvo que explicar claramente a las opiniones públicas de Berlín oriental o de Praga que había terminado la época de las intervenciones militares soviéticas para que estos pueblos se sublevaran contra sus gobiernos sojuzgados o desacreditados.

Otra comparación puede ayudarnos a entender lo que sucedió tan rápidamente el año pasado. El Imperio napoleónico también cayó en algunos meses, a partir del otoño de 1813. También se trataba de un imperio postrevolucionario, entre expansionista y misionario, dirigido por una mano de hierro desde París, pero desprovisto de la unidad política e ideológica que ha sido el sello de los partidos comunistas del siglo XX. Era un mosaico territorial que desapareció más velozmente aun que la Europa soviética, pero de una manera muy diferente: por la guerra y la derrota. Así la pequeña mitad de siglo de vida del imperio moscovita aparece como una duración muy breve, sobre todo si se piensa en la formidable ilusión de unidad que se ofreció a este imperio, y en la ausencia de una derrota militar en la que el régimen se hubiese jugado el todo por el todo. A diferencia del Imperio napoleónico, el imperio soviético se deshizo solo. Su desaparición no es atribuible a ningún accidente, a ningún factor ajeno a su lógica interna. El principio de su fragilidad estaba en su cuna y fue carcomiendo, de manera inexorable en algunas décadas, la apariencia de fuerza que la victoria de 1945 había conferido al mundo nacido de la Revolución de octubre.

Por lo tanto, sería extremadamente falso calificar este gran acontecimiento que constituye el fin del comunismo con una de las palabras más manoseadas de nuestro vocabulario

político: la de "revolución". El término disfraza el acontecimiento y enmascara su naturaleza en lugar de elucidarla. En la imaginación política de los pueblos europeos, el término remite al gran precedente francés de fines del siglo XVIII, así como al año 1917 en Rusia. El término "revolución" no sólo describe el brusco cambio de un régimen a otro, entendiendo a la palabra "régimen" en su más amplio sentido, sino también y sobre todo, dos rasgos ausentes en el fin del comunismo entre 1989 y 1991: la intervención decisiva del pueblo en el proceso histórico y la invención de una sociedad nueva.

Empecemos por el primer punto: en ningún momento los pueblos tuvieron la iniciativa del movimiento. Los de Europa central y oriental sopesaron rápidamente el curso de los acontecimientos pero, con excepción de los polacos, no se movieron sino hasta después de recibir una suerte de beneplácito por parte de Gorbachov. En la Unión Soviética, lo esencial se jugó en Moscú, en el seno del PC de la URSS. Incluso el golpe de agosto de 1991, hasta donde se sabe, parece haber fracasado antes que nada por la poca determinación de los conjurados; las manifestaciones de protesta fueron reducidas en Moscú donde ni siquiera convocaron a mucha gente. De manera general, si la salida del ámbito comunista se realizó con un mínimo de enfrentamientos sangrientos, es porque, en el fondo, resultó de un consenso llevado a cabo por los partidos comunistas, a veces a iniciativa suya como en Hungría. En ninguna parte acarrearó recillas o purgas, ni siquiera en los casos en que la intervención popular derrocó a los comunistas, como en Polonia, en Alemania del Este o en Checoslovaquia. En la ex Unión Soviética, la antigua nomenclatura sigue gobernando casi todas las nuevas repúblicas democráticas: Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Kazajistán. Esta permanencia en el poder no concuerda con el tradicional concepto de "revolución", inseparable de una rápida rotación de las cúpulas políticas. Pero hay más. Si efectivamente el desmoronamiento comunista constituye un cambio radical, este cambio no encaja en el repertorio revolucionario al que estábamos acostumbrados desde 1789. Ya no se trata de inventar una sociedad inédita en la historia, sobre las ruinas de la que se acaba de derrocar, como sucedió en Francia en 1789 o en Rusia en octubre de 1917, sino, al contrario, de restaurar aquella que la Revolución de octubre pretendió destruir en sus raíces. En pocas palabras, si se mantuviera el término de Revolución para calificar el conjunto de los acontecimientos que llevaron al fin de los regímenes comunistas, habría que inventar este extraño concepto de "Revolución contrarrevolucionaria". En sus banderas se inscribe una restauración, un regreso a lo que se quiso superar, y no una reforma del comunismo. Se trata de restablecer la propiedad privada, la igualdad ante la ley, las elecciones libres, la garantía constitucional de las libertades, la independencia de las iglesias, en suma, una sociedad civil "burguesa" y un gobierno democrático.

A priori, se podría pensar que la tarea es fácil, en la medida en que no consiste en improvisar algo desconocido, sino en volver a lo conocido, beneficiándose de la imitación, del ejemplo de las democracias occidentales y, por negación, de la derrota comunista. En realidad, hay que sortear un doble obstáculo. El primero se debe al hecho de que, en Europa del este en general y en Rusia en particular, la democracia liberal tuvo muy poco arraigo en el siglo XIX y a principios del XX, lo cual dificulta el viaje de regreso a una democracia

liberal. El segundo se origina en los estragos de todo orden que produjo el régimen comunista en estos países, y cuya gravedad es proporcional a la duración del régimen. El espectáculo de las naciones ex comunistas y, sobre todo, las de la ex URSS, no hace augurar una rápida reconstrucción: no quedan suficientes fuerzas materiales, ni sociales, ni morales, susceptibles de ofrecer una base inicial.

Desde este punto de vista, el fenómeno es único: no tiene precedente ni parangón. Se percibe en este carácter de pura negatividad que nunca antes había aparecido: nada positivo parece subsistir de la experiencia histórica del comunismo. No ha dejado una sola idea, una sola institución, una sola ley, un sólo código. Los pueblos que salen de ella, se antojan obsesionados por una pura negación del régimen que vivieron, es decir, por la pasión de la restauración: restauración de la propiedad privada, restauración del mercado. Y cuando todo esto no puede ser restaurado porque nunca existió verdaderamente, no queda sino imitar a la Europa democrática, real punto de referencia de las revoluciones de Europa central y modelo implícito de la izquierda postsajaroviana en la URSS. En ambos casos, nada sale de las sociedades antaño comunistas que no fuera conocido para Occidente, por la simple razón de que se trata de los principios liberales que éste inventó y que la Revolución de octubre de 1917 pretendió "superar".

Así, la "tabla rasa" que revela el fracaso del comunismo da el vértigo del vacío. Una vez más, no tiene nada que ver con el fin de la Revolución francesa ni con la caída del Imperio napoleónico. Napoleón nunca había dejado de ser ese conquistador insaciable, ese prestidigitador de la victoria, hasta la derrota que finalmente aniquiló todas sus ganancias de jugador afortunado. Pero, el día de su caída, dejaba tras de sí, en Europa, una larga estela de recuerdos, de ideas y de instituciones, en las que sus enemigos se inspiraron para vencerlo. En Francia, había fundado el Estado que perduraría en los siglos por venir. Al contrario, el imperio soviético aparece como un caso excepcional de los tiempos modernos, por haber sido una superpotencia sin jamás haber encarnado una civilización. Es verdad que nunca se sabrá si fue tan poderoso como se creyó en Occidente, porque su capacidad de mentira formaba parte de sus hazañas. Pero el hecho es que reunió a su alrededor cómplices incondicionales, clientes y colonias, que se dio a sí mismo un arsenal militar y una política extranjera de alcance mundial. Tenía todos los atributos de la potencia internacional que inspiraban respeto a sus adversarios, sin hablar de los atributos del mesianismo ideológico con los que se ganaba la adoración de sus partidarios. Sin embargo, su desmoronamiento no deja nada en pie: ni instituciones, ni principios, ni costumbres, ni siquiera una historia. Como antes los alemanes, los rusos son este segundo gran país europeo incapaz de darle un sentido a su siglo XX y, por lo tanto, a su pasado.

El fin del último de los grandes imperios descubre así ante nuestros ojos atónitos, no un gran Estado desmembrado o reducido por haber entregado su destino a los azares de la guerra, ni un poder destruido por la revuelta de naciones o pueblos sojuzgados, sino la desagregación de un sistema social, podrido no tanto por su extensión fuera de Rusia como por sus enfermedades intrínsecas. Si bien la crisis de la Unión Soviética se manifestó por la agitación, así como por la sublevación de naciones oprimidas, tanto en Asia como en Europa.

no cabe duda de que esta crisis hirió el corazón mismo del imperio. El problema se apoderó de Moscú antes que de Tachkent o de Praga. La vieja Rusia fue la matriz del comunismo y también el lugar por excelencia donde se jugó su destino y su liquidación. Fue Gorbachov, y nadie más, quien dio la señal y abrió la posibilidad. Fue en el centro del imperio (primero, bajo Andropov) donde se tomaron los riesgos de su reforma, que resultaron ser también los de su disolución.

Vuelvo ahora a la idea con la que había iniciado esta reflexión: la estupefacción de Occidente frente al suceso. El imperio soviético desmembrado por revueltas nacionales: estábamos dentro del repertorio conocido. La burocracia soviética derrocada por una Revolución de masas populares: seguimos en terreno conocido. La segunda superpotencia arrodillada por la primera: la hipótesis era muy lógica. Pero que el gusano estuviera en la manzana, que la decisión de modificar el sistema emanara de la dirección del PC, que los primeros pasos de la gran sacudida los dieran aquellos mismos que tenían el mayor interés en no arriesgarse en nada, esto es lo más imprevisible. Por lo demás, hoy está claro que, para que se descompusiera no solamente el imperio sino también el sistema comunista, fue preciso que se desagregara previamente, o al menos que se desuniera en su centro, lo cual relativiza el papel de las revoluciones antitotalitarias de la Europa centro-oriental, sin que esto signifique que se subestima su importancia.

Estas son las realidades que debemos tener en mente a la hora de analizar algunas de las consecuencias de este desmoronamiento.

Con el fin del comunismo estamos, pues, ante un formidable cambio de nuestro universo político: lo atestigua nuestra incapacidad para preverlo, e incluso para imaginarlo. Por lo tanto, subestimamos su alcance y tendemos a sólo ver sus consecuencias inmediatas en la política internacional. Sin embargo, hay que ver más allá de lo inmediato para medir el alcance del suceso.

Si el pensamiento comunista fue tan poderoso y universal en el siglo XX, si rebasó con creces las fronteras de la Unión Soviética para convertirse en el mito soviético, tanto en Occidente como en los países subdesarrollados, es porque coincidía con una idea de la universalidad de los hombres, de filiación cristiana y democrática, pero desprovista de su cercanía histórica con el capitalismo. Pretendía cumplir con la verdadera universalidad del género humano, prometida por la democracia burguesa pero siempre postergada por la división del trabajo y las relaciones de clase. En otros términos, el pensamiento comunista nunca se disoció de la democracia moderna. Funcionó como su doble, su reverso, su corte de justicia, su futuro, como lo demostró la historia europea desde la Revolución francesa. En el fondo y a pesar de los esfuerzos de Marx para convertirla en una necesidad, era una creencia, una idea moral del futuro. Esto explica que, hasta el final, haya sobrevivido —en realidad, sólo allí donde no estaba en el poder— a su improbable encarnación en el país más excéntrico: la vieja Rusia de los zares que se volvió la Unión Soviética.

Para valorar la fuerza de la creencia, basta con analizar, por ejemplo, cómo el pensamiento comunista no dejó de ser manoseado por sus fieles con el fin de hacerlo sobrevivir a

las evidencias de la experiencia o de la observación. Sería interesante escribir la historia de los sucesivos "revisionismos" concebidos por las inteligencias marxistas con el solo objeto de salvar el pensamiento comunista de las tragedias que lo comprometieron. Sólo en Francia, por ejemplo, es asombroso el número de encarnaciones sustitutivas que revisió desde la denuncia de Stalin que hizo Jruschov. Por lo demás, no hay que buscar muy atrás en nuestra historia para encontrar un eco vivo de la idea de una ruptura radical con el capitalismo: todavía están frescos nuestros recuerdos del programa común de 1981.

Pero, desde 1989 en Europa central y 1991 en la ex Unión Soviética, la novedad de la situación reside en el hecho de que el desmoronamiento del comunismo dejó trunca la posibilidad de todo revisionismo, a causa de las modalidades bajo las que se manifestó. Dubcek en el poder en Praga hubiera podido encarnar otro comunismo, pero no Havel. En Moscú, Gorbachov mantuvo esta ambigüedad durante mucho tiempo, pero ya no existe con Yeltsin. Sobre las ruinas de los regímenes comunistas, no aparece sino el repertorio conocido de la democracia liberal, lo cual transforma el sentido mismo del comunismo, incluso para los que eran sus adversarios. En vez de una exploración del porvenir, la experiencia soviética no es sino un paréntesis en el desarrollo de la democracia liberal. La historia del siglo XX adquiere nuevos rasgos en el entendimiento de que fascismo y comunismo se inscriben en ella como tragedias comparables por su voluntad de oponerse a este desarrollo.

Ahora estamos viviendo en un universo político cerrado, sin otro horizonte que el mundo nuestro. Es una situación totalmente nueva, porque desde hace doscientos años la política europea no dejó de alimentarse con las ideas y pasiones de las críticas radicales del capitalismo y de la democracia liberal, hechas en nombre de una sociedad más organizada y más fraternal: la derecha significaba la nostalgia de las jerarquías, la izquierda, la esperanza del socialismo. Hoy, ambas están muertas. Estamos condenados a vivir en el mundo en que vivimos.

¿Sabremos? ¿Podremos hacerlo? No es seguro. Esta pregunta enmascara otra más general: ¿puede la democracia moderna vivir sin utopía revolucionaria, es decir, sin negarse a sí misma? Entre todos los regímenes que existieron en la historia, la democracia moderna es el que tiene más propensión a fabricarse enemigos, hasta entre sus beneficiarios. Su promesa es inagotable porque es la de la universalidad de los hombres. Por su naturaleza misma, alimenta una escalada que Tocqueville analizó hace más de siglo y medio: cuanto más progresa la igualdad entre los hombres, tanto más crecen el sentimiento o el resentimiento ligados a la desigualdad. En otros términos, la democracia moderna es inseparable, no sólo de la pasión igualitaria, sino también de una pendiente que corre hacia una visión utópica de la historia. En el siglo XX, el comunismo canalizó las emociones. Ahora que tenemos ante nuestros ojos el precio pagado a la utopía, ¿estamos simplemente en un periodo transitorio de resaca mitológica? En cuyo caso, ¿cuáles serían los nuevos sueños mitológicos que se asoman en el horizonte? O bien, ¿acaso el fin del comunismo cerró para siempre un ciclo histórico que se hubiera abierto hace dos siglos con la Revolución francesa? En cuyo caso, ¿cuáles serán ahora las apuestas de la política democrática?

No intentaré contestar estas preguntas tan vastas y, por lo demás, es más prudente no incursionar tan lejos en el futuro: limitémonos a tratar de comprender lo que estamos viviendo y lo que puede preverse. En nuestras sociedades, el desmoronamiento del comunismo coincide con la decadencia de las pasiones políticas, que, a su vez, conoce cierta aceleración. El fenómeno es anterior al fin del comunismo porque primero es una consecuencia de la modernización económica y social iniciada en 1950, según ritmos desconocidos en nuestra historia y en la de Europa. De acuerdo con una predicción que solían hacer los grandes autores del principio del siglo XIX, los habitantes de las democracias ricas de la Europa occidental fueron cultivando cada vez más el gusto por el bienestar y el individualismo, en detrimento de una participación activa en las luchas civiles. Por otro lado, el movimiento mismo que impulsó a nuestras sociedades desde el fin de la guerra escapa del ámbito político que no hizo sino administrarlo con mayor o menor fortuna: los millones de europeos que se beneficiaron de él, encontraban allí otra justificación a su creciente indiferencia ante las batallas ideológicas y políticas. La caída del comunismo es la gota que derrama el vaso, porque revela a todos el fracaso de la tentativa más voluntarista del siglo y priva así a las pasiones revolucionarias de su último refugio. Lo que murió en Moscú o en Praga no es solamente la versión bolchevique del pensamiento socialista, sino también su versión revisionista que tanto deslumbró a Occidente. A partir del momento en que todo el mundo debe regresar, con más o menos agrado, a las dos virtudes de la propiedad privada y de la libre empresa, toda la tradición política del socialismo está en tela de juicio.

¿Qué queda ahora de la izquierda europea y del debate entre la izquierda y la derecha? Con el fin del socialismo, la izquierda perdió lo esencial de sus recursos y la derecha, la mayor fuerza de su discurso que era la crítica del socialismo. La primera debe abandonar su condena del capitalismo para volver creíble su adhesión a la libertad de empresa y al crecimiento de la productividad. La segunda se arriesga a quedarse únicamente con el lenguaje de los intereses si ya no puede desplegar la bandera del anticomunismo. Desde hace tiempo, ambas están de acuerdo sobre una vasta redistribución social del ingreso nacional por parte del Estado.

Para comprender este allanamiento de la vida pública en las democracias del Oeste europeo, basta contemplar la escena francesa que es, quizá, la más singular entre todas. Su originalidad proviene del hecho de que el fin del pensamiento socialista fue administrado por una mayoría que llegó al poder en 1981, reivindicando la unión de la izquierda y la ruptura con el capitalismo. Todos saben que François Mitterrand se cambió el saco en 1983-1984, pero como nunca lo explicó claramente, el entierro del proyecto socialista fue expeditivo y disimulado: la derecha sigue actuando como si el Partido socialista fuera socialista, y el Partido socialista no parece estar muy seguro de qué tanto lo siga siendo. El debate político nacional sigue centrado en preguntas que ya fueron resueltas por la historia, pero no se discuten ante la opinión pública aquellas que perduran, reales, demasiado reales, como la reforma del Estado Benefactor, o la de nuestro sistema educativo. Así la clase política tiende a separarse cada vez más del pueblo que la ve cada vez más atada a intereses particulares. La lucha por los puestos sustituye la de las ideas o de los

programas. Por más excesivo que sea este juicio negativo, es cierto que se justifica por la creciente abstracción del debate político con respecto a los intereses reales de los ciudadanos. Sé perfectamente que se trata de un mal intrínseco a la democracia liberal, pero nunca había sido tan visible como en nuestra época de desaparición de las pasiones revolucionarias.

Por lo demás, es probable que Europa vaya empeorando este mal, al aumentar la distancia que separa los nuevos poderes públicos del conjunto de los pueblos sometidos a su gobierno. Distancia geográfica, pero también distancia cultural ya que se trata de poderes supranacionales, y distancia política a causa de la supremacía de la regulación por el derecho y la jurisprudencia sobre la elección popular. Los adversarios de la unión europea que enfatizan esta tendencia para mejor condenarla en nombre de la nación, serían más convincentes si esta tendencia no estuviera ya presente en el seno de cada país europeo. Casi en todas partes, la idea de los derechos individuales y el papel creciente del poder judicial tendieron a sustituir la lucha de clases y el arbitraje popular. Puede ser una buena evolución siempre y cuando se conserve el control sobre ella, en nuestras viejas civilizaciones políticas obsesionadas por la soberanía del pueblo. Pero el fin de los partidos marxistas podría llevarnos demasiado lejos en esta dirección, hasta el punto de obviar uno de los puntos fuertes del marxismo que es la crítica de la abstracción intrínseca a la democracia moderna.

El fin del comunismo nos ahorra así una inmensa pregunta inútil que, en el siglo XX, ensordeció la política interior de las democracias modernas en Europa. Pero, al mismo tiempo, porque fue resuelta por la historia después de habernos preocupado tanto, deja un vacío en el teatro político y un estupor más en las opiniones públicas. Queda por ver si, en la época postrevolucionaria que se inicia, nuestras sociedades serán capaces de reinventar apuestas y formas de ciudadanía que superen a los individuos económicos.

En el orden internacional, el fin del comunismo marca una ruptura más radical aún con nuestros hábitos políticos e intelectuales. Desde hace más de medio siglo, toda la política mundial estaba organizada alrededor del doble polo americano-soviético. De repente, o más rápidamente aún, nos volvimos hemipléjicos. No sólo existe ya una sola superpotencia mundial, sino que la otra cayó en la categoría de país en bancarota: de rival, pasó a ser mendigo. No hizo una retirada paulatina y ordenada: se desmoronó.

De ahí, la reaparición brutal de una gran incertidumbre en los asuntos mundiales. La estructura internacional bipolar, fundada en el equilibrio del terror, mal que bien mantenía la unidad en cada uno de los dos campos antagonistas, al mismo tiempo que una relación de consenso beligerante entre Washington y Moscú. Ya que desapareció el peligro de una guerra nuclear después del acuerdo de los dos Grandes, la nueva situación liberó múltiples fuerzas centrífugas, no sólo en el interior del antiguo campo socialista, sino también en el otro campo donde la protección militar norteamericana perdió su necesidad.

El antiguo campo socialista pasa por la desbandada y pide ayuda. Como es de esperar, la crisis más profunda se da en el meollo del sistema: crisis económica, financiera, social, política pero también desintegración de un imperio en nuevas "unidades" nacionales que no han encontrado todavía un